

Caracol

Historias cortas para pensar



Adolfo Sánchez

Caracol

Historias cortas para pensar

Título

Caracol

Autor

Adolfo Sánchez

Ilustradores

Paula Andrea Valencia Rodríguez

Juan Sebastián Villegas Gnecco

Edición

gazapoeditores

ISBN

978-958-49-2012-6

A mis amados mamá y papá.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas que leyeron los textos que compartí con ellas durante la cuarentena. Su generosidad para encontrar algo valioso en ellos, a pesar de mis evidentes fallas de escritura, me animaron a seguir escribiendo.

Gracias a Carolina, mi maestra y editora, y a Paula y a Sebastián, mis exalumnos e ilustradores. Sin ellos, mis textos seguirían siendo un conjunto desordenado de archivos en formato PDF.

Introducción

En 2020 pude dedicar algo de mi tiempo a mirar atentamente por la ventana, pensar en lo que sentía y escribir con la tranquilidad de saber que tenía una cama, un techo y comida suficiente. Este hecho, por el que me siento supremamente afortunado, me permitió conectarme con muchas personas a través de mis primeros intentos de escritura, y gracias a la lectura cariñosa que ellas hicieron de mis trastabillantes textos, me sentí acompañado a pesar de estar solo.

En este libro, esos textos están agrupados en cuatro partes. En la primera, “Desde la ventana”, hay cinco observaciones que hice los primeros días de cuarentena; en la segunda, “Hay alguien más”, narro cinco pesadillas llenas de miedos e inseguridades que no acabo de entender; en la tercera, “Personas con nombre”, hay cinco cuentos, que son una mezcla de realidad y ficción, y en la cuarta, “En el espejo”, hago cinco reflexiones con las que pruebo tímidamente el difícil ejercicio de mirar hacia adentro críticamente.

Espero que disfruten este libro, y que puedan leerlo despacio, con el tiempo suficiente para pensar y tener sus propias ideas a partir de lo que encuentran en los textos. Si se animan –y ojalá así sea–, compartan conmigo esas ideas que se les ocurren, las conexiones que establecen con su propia experiencia, los recuerdos que vuelven a su mente y las emociones que tienen al leerlo. Vale la pena dedicar un buen tiempo para disfrutar cada una de las ilustraciones. Les deseo una buena lectura.

Adolfo Sánchez



Desde la ventana

Caracol . Mariachis . Vecina . Aguacates . Abrazo

Caracol



En mi escritorio tengo dos matas. Una se parece a un par de árboles; es muy bonita. La otra es un conjunto de brazos largos y retorcidos de los que salen unos globitos alargados de color verde. Las dos me recuerdan a Cami, ella las trajo, las dejó cuando se fue y ahora yo las cuido. La de los brazos es más pequeña y no es tan bonita como la otra, pero a mí me gusta. Ella y yo estuvimos mal al mismo tiempo, casi nos morimos al mismo tiempo;

los dos sobrevivimos, nos recuperamos, pero quedamos un poco torcidos. En los dos hay una belleza diferente a la que había antes de estar mal, una belleza más histórica que estética; en los dos hay más ganas de vivir que simetría.

Una tarde, mientras escribía, me quedé mirando la mata que parece dos árboles y me pareció ver que algo se movía. No estaba seguro, era algo realmente pequeño. Me acerqué y vi que, efectivamente, algo se movía muy despacio: era un caracol que no medía más de dos milímetros de extremo a extremo. Le tomé una foto y también le tomé una foto a la mata para tener algo como referencia y así poder apreciar mejor lo increíble que era el tamaño de ese minúsculo caracol.

Algunos días he vuelto a ver el caracol; no todos. Creo que sale cuando le echo agua a la mata. ¿Vive bajo tierra? ¿Sale todos los días? No lo sé. Creció un poco, pero después de unas semanas dejó de crecer, tal vez ya es un adulto. Ahora mide un poco menos de medio centímetro; ahora es mucho más fácil verlo. ¿Cómo llegó ahí ese caracol? ¿Ha estado ahí desde que llegó la mata al apartamento? ¿Son varios caracoles o es uno solo? Tampoco lo sé. Lo que sí sé es que me gusta verlo.

Le conté del caracol a Cami y a mi mamá. Les mandé las fotos que había tomado. Ellas me hicieron pensar que el caracol podía ser mi mascota y que podía ponerle un nombre. Creo que a ellas les preocupa que yo esté tan solo, pero a mí no me molesta. Yo no creo que el caracol sea mi mascota ni que deba ponerle nombre: no lo cuido, no le doy comida, no lo acaricio, no me pertenece, es libre en su pequeño mundo; no creo que me ponga triste cuando se muera. Sin embargo, creo que sí extrañaré verlo cuando me siente a escribir y él ya no exista.

Mariachis



Había quedado de llamar a María a las 4:15 p.m., iba a invitarla a *Leamos Libros*, el proyecto de lectura para personas que disfrutan leer, pensar y aprender. Yo estaba concentrado, repasaba las ideas en mi mente. De pronto, un sonido ensordecedor acabó con el silencio tan agradable que había esos días en la calle. Eran unos mariachis que habían empezado a cantar justo al frente de mi edificio. Me sorprendió que alguien hubiera contratado una serenata en

época de cuarentena y mucho más que la serenata fuera un lunes a las 4:00 p.m. Pensé que si la serenata no se acababa en menos de un cuarto de hora, iba a ser muy difícil tener la charla con María.

La primera canción la cantó un señor. Era la misma que un exalumno de mi curso de apicultura había cantado una vez en un restaurante al que fuimos a celebrar después de un partido de fútbol que jugamos en el Réfous. Tomé una foto de los mariachis y se la mandé a mi exalumno; aproveché para saludarlo. Él me respondió con un mensaje de voz. Me dijo que la falta de trabajo a causa del cierre de bares ha obligado a muchos músicos a salir a las calles para ganar algo de dinero.

Ahora cantaba una señora. Cada vez había más personas en las ventanas, algunas aplaudían y animaban a los mariachis. Los billetes empezaron a caer a la calle. Entre canción y canción, alguno de los músicos recogía el dinero que les lanzaban como reconocimiento a su esfuerzo. Me impresionó verlos ahí parados, vistiendo sus trajes, enfrentando las calles con valentía en tiempos de pandemia, llevando su música a donde no se la han pedido, con la ilusión de conseguir algo para llevar a sus casas, tal vez algo para poder comer. Me emocionó verlos cantar con fuerza, con la mirada en

alto, haciendo lo que saben hacer para ganarse la vida, manteniendo intacta su dignidad.

Recordé un libro de Jorge Bergoglio, el papa Francisco, en el que plantea una pregunta sencilla, que los que no somos creyentes seguramente entendemos de una manera muy diferente a como la puede entender un católico: ¿Por qué ellos y no yo? El papa se hizo esta pregunta al visitar una cárcel, creo, y yo me la hice esa tarde mientras pensaba en la gente que no puede quedarse en su casa en los tiempos de coronavirus. Para muchos la cosa no es tan simple como ir a la cocina y sacar algo de la nevera cuando les da hambre. Lloré.

Vecina



El viernes antes de encerrarme fui a visitar a mi papá. Pasamos la tarde juntos: leímos, almorzamos, hablamos, nos reímos y oímos música. Fue una tarde muy bonita. Yo sabía que iba a estar encerrado en mi apartamento un tiempo largo. No solo porque fuera obligatorio hacerlo, sino también por mi propia voluntad. Quería aprovechar ese tiempo para leer y escribir cosas pendientes. A pesar de la tristeza de saber que no iba a ver a mis seres

queridos durante un tiempo y de la preocupación de que algo pudiera pasarles, sabía que iban a ser unos días que iba a disfrutar, en gran parte porque no iba a tener que perder varias horas al día en el pesado tráfico bogotano con toda esa agresividad y ese ruido insoportable.

Esa mañana, la calle estaba en silencio, el sol brillaba, yo había dormido una hora más de lo acostumbrado, había hecho ejercicio y había desayunado sin afán. Estaba muy tranquilo. Me senté en el escritorio, oí “Spiegel im Spiegel” y empecé a trabajar. Sin embargo, esa sensación de que todo era casi perfecto no iba a durar mucho...

De pronto, ya no se oía nada más que el canto ensordecedor, afinado sí, pero a un volumen insoportable de mi vecina. Ella cantaba con fervor y entusiasmo una canción religiosa. No se trataba precisamente de música sacra, no era Haydn ni Bach, era más bien una balada pop cristiana, aunque eso sí, la canción duraba más o menos lo mismo que la tercera sinfonía de Mahler, completa, ¡con todos sus movimientos!

Yo quedé petrificado. No podía creer que eso estuviera pasando: mi vecina era una creyente que cantaba su fe a todo volumen y a mí me esperaban días enteros encerrado al lado de ella. El muro y

las ventanas no alcanzaban a silenciar ese desesperante e interminable canto. Pensé en varios escenarios: pedirle amablemente que le bajara al volumen, quejarme con el administrador del edificio, poner mi propia música más duro, incluso me imaginé una batalla musical entre el cielo y el infierno: mi vecina contra Tom Araya, ambos a todo volumen. También consideré la posibilidad de lanzarme por la ventana.

Antes de decidir qué iba a hacer, estuve pensando en mi vecina: ¿quién era?, ¿cómo estaría viviendo el encierro?, ¿qué buscaba al oír y cantar música religiosa durante horas y horas? Pensé que todos nos agarramos de lo que podemos, sobre todo en tiempos de crisis. Pensé que si la salud mental de esa mujer dependía de esos cánticos, que para mí eran infernales, yo no podía quitárselos. Decidí que mi aporte, pequeño, para que todos pudiéramos salir sanos mentalmente de esto era aguantar.

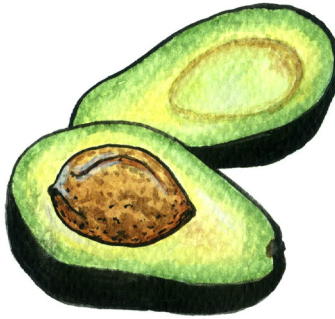
Decidí sacudirme esa idea absurda, pero ahora tan común, de que cada uno de nosotros es un cliente —exigente y muchas veces indignado— al que todo el mundo debe tener satisfecho. Si bien entiendo que hay unas normas mínimas de respeto que facilitan la convivencia, y una de ellas es no imponer nuestra música a nadie que no quiera oírla, pensé que, en este caso, esa mujer podía necesitar su música más que yo mi silencio. Por eso decidí

resistir sin quejarme. Seguramente yo también, sin darme cuenta, hago cosas que a ella le molestan.

Los días han pasado y yo, siendo ateo, ya tarareo inconscientemente: “No hay nada más alto que estar a tus pies”, “te necesito para que me des sentido”, “(mi Dios) así eres tú” y “contigo crucé tinieblas”. Tal vez alguien sí se quejó porque ahora las sesiones de música cristiana son menos frecuentes y más cortas, y entre una y otra canción suena algún vallenato, como el que dice (y mi vecina entona “a grito herido”): “¡Soy solo tuyo!”.

Una noche, alguien de otro apartamento puso música de Sabina y a mí me sonó como si fuera música celestial.

Aguacates



Una mañana oí que alguien gritaba: “¡Aguacates!” (extendiendo bastante la tercera “a”). Miré por la ventana y vi en la esquina a un señor con un carrito de madera lleno de aguacates. Me cambié, me puse la mascarilla y los guantes, y caminé hasta donde estaba el señor; era un tipo joven. Lo saludé y le pregunté cuánto costaban los aguacates. Él me saludó muy amablemente, sonrió y me dijo que costaban cinco mil pesos. Su mirada era tranquila y

me transmitió confianza. Le compré dos: uno para el almuerzo de ese día y otro, menos maduro, para después. Él los escogió, me los mostró, los limpió y cogió una bolsa. Le dije que la bolsa no era necesaria. Él volvió a sonreír amablemente, me los entregó y nos despedimos. Yo estaba feliz con mis aguacates.

Un par de días después oí un grito muy fuerte, mucho más fuerte y definitivamente menos afinado que el que había oído antes. Miré por la ventana y vi al joven de los aguacates firmando un papel sobre la silla de la moto de un policía. Esta vez, el grito no era suyo ofreciendo sus aguacates, esta vez el grito era del policía: “¡Y la próxima vez se los quito!”. Además de seguir gritando, el policía movía el brazo con un gesto que me pareció agresivo y amenazante. Tuve ganas de bajar, decir algo, defender al joven de alguna manera, pero no hice nada. Me sentí cobarde.

Durante varios días el joven no volvió...

Después de una semana volví a verlo. Ahora, el joven de los aguacates tenía un traje blanco y el carrito ya no tenía la sombrilla verde de antes. Repetí la rutina del cambio de ropa y bajé tan rápido como pude. Nos saludamos, creo que él me reconoció. Le dije que había visto cuando el policía lo había maltratado, casi como si quisiera disculparme con

él por no haber hecho nada, pero no lo hice. Él no se quejó, solo sonrió y me dijo: “Hay que seguir y hay que tener cuidado”. Yo supuse que quería decir que tenía que seguir arriesgándose a salir a la calle en tiempos de pandemia para poder trabajar y que tenía que cuidarse de la policía.

El joven de los aguacates ya no se queda mucho tiempo en la esquina en donde solía ubicarse. Ahora tengo que estar atento para poder comprarle aguacates antes de que se vaya. Algunas personas le gritan desde la ventana, le lanzan la plata y él deja los aguacates y las vueltas en las porterías de los edificios. Yo aprovecho ese tiempo, mientras él recoge la plata y va a las porterías para cambiarme y bajar.

Ahora, también pasan otros vendedores de aguacate. Ellos van de a dos o de a tres; él sigue estando solo. Un día pasaron al mismo tiempo, él y los otros tres que van juntos, y se encontraron. Estoy casi seguro de que no se conocían, pero entre ellos hubo un saludo amable, casi diría que solidario. Ellos le regalaron a él un banano y él les dio algo pequeño que no pude reconocer. Sin embargo, estoy seguro de que era algo comestible, porque ellos lo partieron y se lo comieron inmediatamente.

Ese gesto de camaradería entre los vendedores de aguacates me conmovió. Yo esperaba que el

Aguacates

encuentro fuera hostil, como si se disputaran el territorio, como he visto que lo hacen algunas personas que dicen cuidar los carros en la calle. Me alegró estar equivocado. Todavía pienso en ese intercambio amable entre ellos.

Abrazo



He disfrutado el encierro a pesar del temor y la tristeza que siento estos días. Temo por la salud de mis seres queridos, sobre todo por la de mi papá, y siento tristeza por las personas que sufren, sobre todo por las que pasan hambre. Sin embargo, a pesar de eso, disfruto esta vida más pausada: duermo más, leo más, escribo más, como sin afán. Sobre todo, disfruto no estar metido a diario en esos infernales trancones bogotanos. Les he dicho a

algunas personas cercanas, un poco en broma, que voy a necesitar ayuda emocional cuando volvamos a salir. Me da un poco de vergüenza decirlo, pero ahora estoy más feliz que antes de la pandemia. Sin embargo, hoy pasó algo que me puso a pensar en eso que sí me hace falta.

Estaba hablando con mi mamá cuando empecé a oír música de violonchelo. Me asomé a la ventana y vi a un señor que tocaba muy concentrado; estaba sentado en un banquito. No era precisamente Yo-Yo Ma y su instrumento estaba lejos de ser Petunia, pero no lo hacía mal. Terminé la videollamada con mi mamá y le puse atención al señor del chelo. Una amiga con la que nos conocimos hace años cuando trabajamos en el SENA y después en el Ministerio de Educación, y que ahora vive con su esposo en el edificio del frente, también lo estaba viendo. Ella y yo nos saludamos ventana a ventana.

Después de un par de canciones, el señor tocó “Por una cabeza” y yo, como cada vez que oigo esa canción, canté mentalmente la parte que dice: “Si ella me olvida, qué importa perderme mil veces la vida” y pienso en esa mujer que amé con todo mi corazón y toda mi mente. Decidí bajar. Me puse el tapabocas y salí. Ya en la calle, vi que mi amiga también había bajado. Nos saludamos con la mirada.

El músico tenía saco de paño, camisa azul, zapatos desgastados y un pantalón con un pequeño roto en la rodilla derecha. Pensé en las palabras de Ferrer: “(El tango) es eso que provoca un clavel en mi solapa, cuando no tengo ni para el clavel”.

Volví a mirar a mi vecina, los dos teníamos los ojos encharcados. Nos abrazamos. Violamos las medidas de precaución, y a mí, que soy supremamente estricto con eso, no me importó. Nos abrazamos fuerte y cada uno volvió a entrar a su edificio. ¡Gracias Diana por ese abrazo!



Hay alguien más

Emociones . Casa . Pantalón . Visita . Voz

Emociones



Ana María y yo estábamos comiendo en un sitio lindísimo en el centro de Bogotá. Era un *bistrot* que me hacía recordar mis tiempos felices en Aix-en-Provence, con sus mesitas pequeñas, una comida deliciosa y la música de fondo a un volumen que nos permitía hablar sin tener que gritar. Estábamos contentos, charlábamos y nos reíamos sin pensar en nada más que lo que estaba pasando ahí mismo. Yo estaba muy tranquilo y tenía en mi cuerpo esa

agradable sensación de cosquilleo que siento cuando oigo la música que me gusta. Todo estaba bien.

De pronto, vi que Andrés, un amigo que había sido mi profesor hacía muchos años, estaba a punto de entrar al mismo sitio en el que estábamos Ana María y yo. Me alegró verlo y pensé que sería bueno hablar con él un rato. Sin embargo, esa alegría duró poco. Cuando Andrés entró, nos dimos cuenta de que estaba herido y apenas podía caminar. Inmediatamente nos paramos para ayudarlo y yo lo abracé, porque él casi no podía sostenerse.

Andrés tenía varias heridas en el cuerpo y su cara se veía muy maltratada; estaba agonizando y yo pensé que su muerte era casi segura. A pesar de todo, él sonreía y su mirada era tan dulce y serena como siempre. Hablando muy bajito, porque apenas podía musitar, nos contó que acababa de defender a la víctima de una injusticia y, al hacerlo, el agresor lo había herido. No nos contó exactamente qué había pasado, pero nos dio a entender que un tipo le estaba pegando a una mujer. Andrés había intervenido y el tipo le había pegado varias puñaladas y, no contento con eso, al verlo caído en el piso, le había pateado con sevicia las costillas y la cabeza.

Andrés nos contó que, a pesar del miedo que le produjo lo que estaba pasando, había sentido la necesidad de defender a la víctima. Nos dijo que algo que yo había dicho en una de sus clases lo había animado a hacer lo que hizo. Yo había sugerido que, para enriquecer nuestra experiencia de vida, debemos procurar sentir tantas emociones como podamos, en un rango tan amplio como sea posible, sin que las cosas se nos salgan de las manos.

Sin preocuparse por su propia integridad, Andrés había decidido defender a una mujer desconocida; se había involucrado en una situación peligrosa que le había permitido descubrir nuevas emociones. Entendí que él no solo había oído con atención mis palabras, sino que las había tomado con más seriedad y valentía que yo mismo. Me sentí responsable, de alguna manera, y profundamente triste por la inminente muerte de mi amigo.

Andrés había arriesgado su vida por actuar de acuerdo con sus ideales de justicia y también para sentir emociones realmente intensas y distintas. Pensé que yo no habría sido capaz de hacer lo que él había hecho y, sin embargo, ahí estaba yo, sobrecogido por una emoción muy intensa y distinta, al ver a mi amigo *ad portas* de la muerte. Tristeza, rabia, miedo, culpa —que tal vez era más vergüenza que culpa— y admiración estaban perfectamente fundidas

Emociones

en una nueva emoción, imposible de nombrar, que me provocó lágrimas, gritos y un fuerte dolor entre el estómago y el pecho.

Cuando me desperté, no estaba seguro de haber sentido realmente la aterradora emoción que creía haber vivido en esa terrible pesadilla.

Casa



Antes de entrar a la casa, repasé mentalmente la serie de extrañas casualidades que habían hecho posible lo que era supremamente improbable: yo iba a pasar una noche en la casa en donde había vivido mis primeros años de infancia. No podía creer que estuviera a punto de entrar otra vez a esa vieja y enorme casa del barrio La Soledad. Ahí viví los tres primeros años de mi vida con mi papá, mi mamá, nuestro perro Dinky –que a pesar de su

nombre era un pastor alemán grande y bellissimo— y una empleada. Después nació mi hermana, mi gran compañía, y así fuimos más y más felices los que vivíamos en la casa. Unos años después, mi papá se fue y yo empecé a sentirme solo a pesar de estar acompañado.

Ahora, muchos años después y sin haberlo planeado, había vuelto al sitio en el que jugué, reí y lloré cuando era un niño. Antes de irme a dormir, caminé por la casa; estaba vacía, pero todo lo demás seguía igual: el patio del frente, la sala, la escalera principal, el comedor, la zona de la mesa de ping-pong, el otro patio, el cuarto de herramientas de mi papá, el cuarto de fotografía de mi papá, el lavadero, el cuarto de la empleada y su baño, la zona de la lavadora y la secadora, la cocina, el garaje y la escalera auxiliar. Arriba quedaban los cuartos, la biblioteca y un corredor muy amplio en el que estaba el escritorio de mi mamá. A pesar de su gran tamaño y de estar vacía, la casa entera no alcanzaba para guardar ahí tantos recuerdos.

Cuando ya estaba en la cama, a punto de quedarme dormido, recorrí con la mirada el que había sido mi cuarto y recordé el mueble de madera que había hecho mi papá —sin usar ni una puntilla— para que yo guardara mis juguetes. También recordé el otro mueble, mi escritorio, el baúl, las cortinas

pesadas y el tapete azul sobre el que a veces armaba la carpa a los pies de mi cama. El piso ahora era de un material que simula la madera y ya no había cortinas, por eso pude ver unas siluetas que caminaban por el borde del muro que separaba la casa vecina de la nuestra, por la parte de atrás.

Esas personas, que ahora caminaban por el techo, tenían la cara tapada con pasamontañas y en las manos llevaban lo que yo supuse que eran armas. No estaba seguro de si eran dos o tres, porque estaba muy oscuro, pero de lo que sí estaba seguro era de que no venían a nada bueno. Sin poder moverme por el miedo que tenía, vi cómo esas personas se acercaban cada vez más a la ventana de mi cuarto.

De pronto, oí un ruido en el baño contiguo y supe que alguien ya estaba dentro de la casa. Vi que la puerta del cuarto se abrió muy despacio y alguien entró sigilosamente sin prender la luz. Esa persona, o mejor dicho esa silueta que apenas podía ver entre sombras, a quien yo no pude reconocer, sin decir ni una palabra se puso el dedo sobre la boca para que yo tampoco dijera nada y me ofreció su brazo para ayudarme a levantar. Yo entendí que esa persona estaba ahí para rescatarme.

Los que caminaban en el techo ya estaban a muy pocos metros de la ventana. La persona que

entró a mi cuarto esperaba a que yo me levantara, pero yo seguía paralizado del miedo; no podía entender qué estaba pasando. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Creían que la casa iba a estar sola esa noche o sabían que yo iba a estar ahí? ¿Cómo era posible que una nostálgica noche de recuerdos se hubiera convertido en una de terror? Asustado, me desperté en mi apartamento, con ganas de saber quién era esa misteriosa persona que intentaba ayudarme en mi sueño.

Pantalón



Esa mañana me desperté un poco antes de la hora en que debía sonar el despertador. No había tiempo suficiente para volver a dormir, pero no quería levantarme todavía. Decidí hacer pereza en la cama un rato antes de ir a bañarme. En ese estado, entre dormido y despierto, y con la luz apagada, alcancé a ver que algo caía sobre el mueble que está al frente de mi cama. Me esforcé para ver

qué era lo que había caído, pero no pude identificarlo, porque el cuarto estaba muy oscuro.

En esa parte del cuarto no hay nada más que ese mueble y yo estaba solo; no había razón para que algo hubiera caído ahí en ese momento. Prendí la luz y vi que era uno de los pantalones que usabas para hacer yoga cuando vivías conmigo. Me levanté con mucha curiosidad, caminé hasta el mueble, cogí el pantalón y traté de entender de dónde había podido caer. Algo raro estaba pasando.

Cuando volví a mirar hacia la cama, noté que había un bultico debajo de las cobijas. De pronto, todo tuvo sentido, sonreí y sentí una felicidad inmensa: ¡Habías vuelto! Seguramente habías llegado tarde en la noche y habías entrado al apartamento sin despertarme. Supuse que tú —jugando, como siempre lo hacías— habías tirado el pantalón sobre el mueble y te habías escondido cuando sentiste que yo me había despertado. No podía creer que estuvieras a mi lado y que yo no me hubiera dado cuenta.

Emocionado, te saludé, pero no me respondiste. Me metí de nuevo en la cama para abrazarte y otra vez todo volvió a ser muy raro y confuso: tú no estabas ahí, el bultico que yo había visto eran solo unas almohadas. Entonces ¿de dónde había salido el pantalón que yo tenía en mi mano? ¿Alguien lo

Hay alguien más

había lanzado? ¿Había alguien más en mi cuarto?
¿Quién? Me dio mucho miedo. Sabía que tenía que
haber una explicación racional... pero no podía encontrarla. En ese momento sonó la alarma y me desperté.

Visita



Esa tarde estuve triste. A alguien a quien quiero con todo mi corazón y toda mi mente le habían incumplido algo importante; una funcionaria había faltado a su palabra y eso afectaba los planes y los sueños de quien yo tanto quiero. No poder proteger a mis seres queridos como quisiera hacerlo es una sensación horrible que siempre me indispone. Afortunadamente, ella es muy buena para encontrar siempre la manera de seguir adelante, sin

amargarse la vida. Yo, en cambio, casi no me puedo dormir esa noche; tenía rabia y no dejaba de pensar en lo que había pasado.

Finalmente me quedé dormido como a la media noche. Sin embargo, mi sueño fue corto. Más o menos a las 2:00 a.m. me desperté, porque sentí que estaban tocando la puerta de mi apartamento. Abrí los ojos y pensé que era muy raro que alguien me necesitara a esa hora. Los golpes sonaban como si alguien estuviera jugando con una pelota de tenis contra mi puerta. Decidí levantarme para ver qué estaba pasando, pero antes de que pudiera salir de la cama sentí que ya habían abierto y alguien había entrado al apartamento.

Sin poder moverme, por el miedo que tenía, oí unos pasos que se acercaban. A pesar de la oscuridad, que era casi absoluta, pude ver que se abrió la puerta de mi cuarto y alguien entró caminando lentamente, sin hacer casi ruido. Yo solo alcanzaba a ver la silueta de una persona, pero no podía verla bien, porque todo estaba muy oscuro.

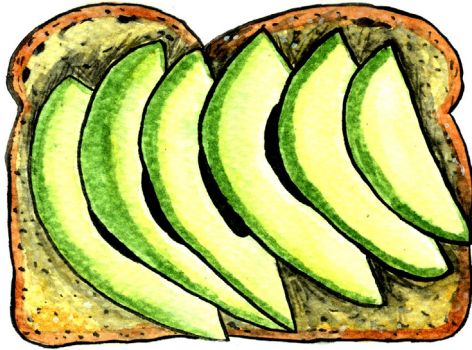
La persona que entró se paró al lado de mi cama. Yo seguía acostado, en posición fetal, con las cobijas cubriéndome todo menos la cara. En esa posición, y sin poder moverme, solo podía ver la parte de la silueta que quedaba a la altura de mi cama. Esa

persona estaba a unos pocos centímetros de mí y yo seguía sin saber quién era.

Mi miedo se intensificó descomunalmente cuando sentí que me tocaban la cara. Sin embargo, esa persona no me tocaba la mejilla de una manera agresiva, sino con cariño. Me estaba consintiendo. Sus dedos se movían lentamente, como si tocaran una melodía muy suave en el piano, pero acariciando las teclas desordenadamente, no pulsándolas con ritmo. A pesar de que esa persona no parecía estar ahí para hacerme daño, yo seguía teniendo mucho miedo, porque no entendía lo que estaba pasando.

Ahí, acostado sin poder moverme y sintiéndome supremamente vulnerable, supe, de alguna manera —no sé cómo—, que la visita iba a ser corta y que esa persona no quería que yo la reconociera todavía. A pesar de eso, yo sí quería verle la cara y saber quién era, pero seguía paralizado. Después de intentarlo muchas veces, con toda mi fuerza y con toda mi concentración, al fin pude gritar y me desperté, sin poder verle la cara a mi intrigante visita.

Voz



Durante casi dos semanas tuve pesadillas todas las noches. Cambié el horario de la comida para ver si comer más temprano me ayudaba a dormir mejor, pero no funcionó. Tampoco sirvió reducir la porción de la comida, oír música suave o leer solo cosas agradables antes de irme a dormir. Después de la primera semana empecé a tener un poco de miedo a la hora acostarme y, sobre todo, empecé

a sentir el cansancio por no poder descansar bien durante la noche.

Ayer, después de la última reunión de trabajo, cerré el computador y fui a la cocina a comer algo. Preparé unas tostadas con aguacate y empecé a comérmelas, parado, frente al pequeño mesón que queda al lado de la estufa. Mientras comía, me pareció oír una voz en mi cuarto. Como sabía que no había nadie más en el apartamento, supuse que era la voz de un vecino que estaba hablando fuerte.

De todas maneras, fui a mi cuarto para estar seguro. Obviamente, no encontré a nadie, pero el extraño murmullo seguía ahí y yo lo sentía cada vez más cerca. De pronto, fue claro que lo que oía efectivamente era una voz, pero no era la de ningún vecino. Yo sentía esa voz como si la estuviera oyendo con unos audífonos, como si el sonido estuviera dentro de mí, en mi cabeza.

El murmullo se había convertido en una voz que yo oía con absoluta claridad. Me dijo que no era la voz de ninguna persona ni tampoco era solo mi imaginación; era un sonido real y sí estaba en mi cabeza, pero no era yo quien lo generaba. La voz siguió diciéndome cosas y yo estaba muy confundido. Pensé que la falta de sueño de las

últimas semanas era la causa de semejante confusión mental y me preocupé.

Después de unos segundos de silencio, la voz volvió a hablarme. Me dijo que ella era la responsable de las pesadillas que yo había estado teniendo recientemente y me las describió, una a una, con una precisión increíble. Me explicó, casi como si estuviera disculpándose, que sin ellas habría sido muy difícil captar mi atención y, sobre todo, que le creyera. Me dijo que iba a decirme algo importante y era fundamental que yo no pensara que simplemente estaba imaginándome cosas extrañas, tal vez alucinando.

Inmediatamente, dejé de oír la voz y empecé a ver unas imágenes aterradoras. Todo se acababa, ya no había vida, ya no quedaba nada. El proceso era espantoso y mucho más corto de lo que yo habría podido imaginar; todo pasaba en muy poco tiempo. No pude contener el llanto y, sin decir ni una palabra, pensé: “Entonces, va a ser así”. La voz solo dijo: “Sí, y ocurrirá muy pronto”. Yo seguía llorando y temblando; estaba aterrorizado.

Hacía tiempo que mi idea ingenua de que no habría fin se había agrietado. Sin embargo, me lo imaginaba gradual, muy lento y sobre todo lejano. A veces creía, sin ninguna razón para hacerlo, que sería

algo distinto a cualquiera de los posibles escenarios que ya habían considerado científicos, guionistas de películas de ciencia ficción o los supuestos profetas. Sin embargo, ahora sabía a ciencia cierta que sí habría un fin, que sería pronto y que sí era una de las alternativas que alguien ya se había imaginado. Lo que parecía tan improbable ahora era inminente.

¿Por qué me había contado eso? ¿Qué esperaba que yo hiciera con semejante información? ¿Qué tan pronto era ese “pronto”? ¿Quién me hablaba?

La voz interrumpió mis pensamientos y, sin necesidad de imágenes ni palabras, me hizo saber tres cosas más: que varias personas alrededor del mundo, elegidas de manera puramente aleatoria—sin tener nada en especial—, habíamos tenido las mismas pesadillas, oído la misma voz, visto las mismas imágenes y recibido el mismo mensaje, al mismo tiempo. Segundo, que ya no iba a tener más pesadillas, porque ya había recibido el mensaje. Tercero, que lo único que podía hacer ahora era decidir cómo vivir los últimos días de mi vida, con absoluta conciencia del fin.

¡Qué regalos!

Hubo un momento de silencio y yo volví a ser consciente de que estaba en la cocina, parado frente

al mesón, con el último pedazo de la última tostada en mi mano, como si nada hubiera pasado. Seguramente solo había estado soñando despierto, por la falta de sueño. De cualquier modo, ese último bocadito de tostada con aguacate me supo a gloria. Disfruté el sabor, la textura y hasta el olor de ese magnífico y minúsculo manjar como si nunca fuera a repetirlo. Comí como come cualquiera que tiene hambre.

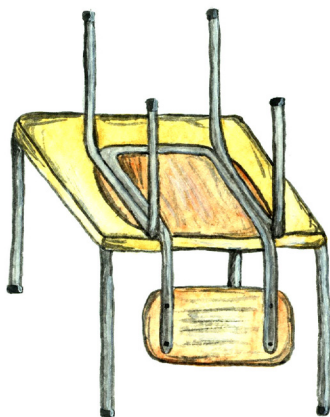
Esa noche, sin necesidad de hacer nada especial, por primera vez en dos semanas, dormí plácidamente. De hecho, esa noche dejé de tener pesadillas, y eso fue a la vez un gran alivio y algo supremamente inquietante.



Personas con nombre

Colegio . Basura . Sofia . Impostor . Pobreza

Colegio



Sebastián quería volver al colegio. A pesar de que había aprendido mucho con su papá y su mamá durante esos largos meses de encierro, el colegio le hacía falta. Su papá se dedicaba a los vinos: cuidaba la vid y producía vino. Gracias a esas charlas prolongadas con su papá, que fueron posibles por la cuarentena, ahora conocía la diferencia entre un viticultor y un vinicultor. Sebastián admiraba a su papá y estaba muy orgulloso de él. Su mamá era

profesora: aprendía y enseñaba todos los días. Gracias a ella, con quien también había hablado mucho más ahora, entendía que explicar es más fácil y requiere mucho menos talento que hacer pensar a las personas. Sebastián también admiraba a su mamá y estaba muy orgulloso de ella.

¿Por qué le hacía falta del colegio? ¿Qué era lo que le hacía falta? ¿Cómo era posible que quisiera volver al colegio si estaba tan contento con su papá y su mamá?

Sebastián oía con mucha atención lo que su papá y su mamá decían, no solo lo que le decían a él, sino lo que hablaban entre ellos, lo que hablaban con sus amigos y hasta lo que se decían a sí mismos —o a nadie— cuando hablaban como si estuvieran pensando en voz alta. A veces, a Sebastián le parecía interesante algo que decía su papá y lo conectaba con algo que había dicho su mamá, o al revés, relacionaba lo que decía su mamá con lo que había dicho su papá. A él le parecía que hacer vino se parecía, de cierta manera, a dar clases, y pensaba que todo se parecía a todo mucho más de lo que la gente creía.

Su papá y su mamá decían un par de palabras raras con frecuencia: *terroir* y *tableau*. Su papá usaba la palabra *terroir* para que sus amigos entendieran

que la calidad de su vino no dependía de algo en particular, sino de –según sus propias palabras– “una riquísima amalgama de elementos que se combinan de una manera misteriosa y casi mágica para darle vida a esta maravilla de vino que solo se produce acá. El vino es la expresión del *terroir*”. A Sebastián le gustaba repetir mentalmente las palabras exactas de su papá; podía imaginarlo perfectamente: su voz, con su tono y su volumen, sus gestos, su mirada y su expresión de satisfacción cuando probaba su preciado vino.

Su mamá recurría a la palabra *tableau* para que sus estudiantes, que también eran profesores, se imaginaran la totalidad de las percepciones y sensaciones que un bebé, o cualquier persona –según ella decía–, tiene en un momento dado. A Sebastián también le gustaba reconstruir mentalmente la imagen de su mamá diciendo la palabra *tableau*. Él quería aprender muchas más de esas palabras raras para poder entender lo que se decían su papá y su mamá cuando hablaban en ese otro idioma. A Sebastián le encantaba oírlos y, sobre todo, le gustaba ver la manera en que ellos se miraban cuando se decían algo en esa hermosísima lengua.

Sebastián estaba convencido de que *terroir* y *tableau* tenían algo en común, y también creía que tenían algo en común con la palabra colegio. Un día

escribió: “Las tres palabras, además de ser muy bonitas, comparten algo importante: se refieren a un todo completo y complejo que pierde su sentido si deja de ser completo. El *terroir* sin la lluvia no es el *terroir*, el *tableau* sin una de las percepciones deja de ser el *tableau*, y el colegio sin todo eso que se pierde cuando las personas solo se ven a través del computador no es colegio”.

A pesar de los enormes esfuerzos que tantos profesores habían hecho para que ellos, los estudiantes, siguieran aprendiendo, el colegio había dejado de ser colegio hacía meses. Sebastián sabía que el colegio, al igual que el *terroir* y el *tableau*, es completo o no es. Se puede aprender a través de un computador, pero eso es solo una pequeñísima parte de lo que es el colegio. A Sebastián le hacía falta su colegio, porque ahí estaban sus amigos, sus profesores —no solo sus imágenes digitalizadas—, su salón, su biblioteca, su patio, sus árboles, su aire, sus charcos, sus problemas de niño, su amiga que tanto le gustaba y hasta el compañero que a veces lo molestaba, y ahí estaba él, interactuando con todos ellos.

Aprender lo que a alguien se le ocurrió que él tiene que aprender para poder pasar al curso siguiente y después a la universidad y después al trabajo y al supermercado, y después a la tumba —siempre haciendo parte de alguna estadística— era solo una

parte de su experiencia escolar. Sebastián quería volver al colegio, no por eso ni para eso, sino a pesar de eso: explicaciones que no dejan descubrir, exámenes, objetivos, competencias o capacidades previamente definidas, y el tal “perfil de egreso”. En su casa estaba feliz con su papá y su mamá, pero su vida estaba incompleta sin el colegio, y su vida, al igual que el *terroir*, el *tableau* y el colegio, es completa o no es. Sebastián quería volver al colegio.

Basura



Juana se despertó intranquila. Ese día, la basura que había por todos lados le molestaba mucho más que otras veces, mucho más que antes, mucho más de lo que le había molestado cualquier otro de los cuatro mil quinientos días de su vida. Ese día, Juana no soportaba el nauseabundo olor que invadía todos los rincones, todas las casas, todas las calles, todos los parques, todos los salones, todas las tiendas y todas las oficinas.

¿Qué le estaba pasando a Juana?

Su papá, que era observador y tenía buena memoria, notó algo extraño cuando la vio esa mañana. No quería que se repitiera lo que había pasado un par de años atrás cuando Juana había decidido dedicar una tarde entera de sus vacaciones a recoger basura alrededor de su casa. Una tarea inútil a todas luces, porque pretender recoger la enorme cantidad de basura que había era como intentar recoger el agua del mar con un vasito plástico (tal vez con uno de los muchos que había por ahí, tirados en el piso). Esa tarde que Juana había decidido recoger basura se había vuelto una semana y la semana un mes y el mes había terminado siendo un año... un año perdido, un año tirado a la basura.

Juana y su familia vivían rodeados de basura, pero no eran los únicos. En ese barrio y en esa ciudad, en ese país y en ese mundo, la basura estaba por doquier. Todo estaba lleno de basura: la tierra, el mar y el aire. El papá de Juana sabía que recoger basura en ese mundo era como recoger granitos de arena en el Sahara y por eso no quería que ella se embarcara otra vez en una tarea sin sentido durante días, semanas, meses y hasta años. Sobre todo, no quería que su hija volviera a perder el tiempo, y por eso, un poco temeroso, le preguntó qué le pasaba.

Juana le contó que, a pesar de sentirse tan asqueada por las ratas y las moscas como antes, ya no sentía la más mínima admiración por los señores que a veces las mataban. Le dijo que ahora sentía ganas de vomitar cuando pensaba en el jefe de esos señores que espantaban moscas y mataban ratas; la noche anterior lo había visto sacando pecho porque sus hombres habían matado a una rata muy grande. ¡Qué ridículo se veía intentando sacar pecho el que tenía más panza que pecho! ¿Cómo era posible que ese gordito que antes se veía tan tierno ahora le pareciera un ser completamente vacío y absolutamente fatuo?

Su papá trató de animarla haciéndole ver que las ratas eran realmente malas y que esos señores que las mataban eran unos héroes. Sin embargo, antes de que pudiera terminar lo que le iba a decir, Juana le contó que había soñado con un mundo en el que era posible vivir sin tener que dedicarse a producir basura, en donde no se daba por hecho que la única forma de vivir era produciendo basura, en donde el valor de las personas no tenía nada que ver con su aporte a la producción de basura. Su papá la oyó y la miró con ternura, pero también con un poco lástima, porque él sabía que un mundo así era imposible.

En ese mundo con el que había soñado Juana no había necesidad de matar ratas ni de espantar moscas, porque no había basura por todas partes. Ahí nadie se ganaba la vida matando ratas ni comprando y vendiendo matamoscas. En ese mundo nadie era enaltecido por matar ratas y por eso era absurdo que alguien se sintiera orgulloso por haber matado una de las más grandes. En ese mundo a nadie le convenía que pulularan las ratas y las moscas y que la gente se sintiera aterrorizada por ellas. Nadie acumulaba riqueza y poder gracias a la existencia de las ratas y las moscas, por eso nadie estaba interesado en perpetuar la basura.

Juana estaba triste y su papá estaba preocupado por ella. Ambos sabían que en su mundo, no en el que había soñado Juana, incluso los pensadores más destacados defendían el sistema productor de basura aunque odiaran la basura. Ellos soñaban con un mundo mejor, más justo, más equitativo, más sostenible, sí, pero no se atrevían a soñar como había soñado Juana; sus sueños eran bienintencionados pero miopes. Para ellos era inimaginable una vida sin basura, porque ese sistema productor de basura, a pesar de producir basura y ratas y moscas, también les daba ciertos beneficios a quienes aportaban su granito de arena, o mejor dicho, su vasito plástico para mantener la basura.

Juana seguía triste y su papá seguía preocupado por ella. Ella vivía en un mundo y soñaba con otro, y eso era doloroso. En su mundo, *hoi polloi* y *hoi oligoi* se unían a diario en una exagerada reverencia ante quienes alardeaban sus fútiles logros como cazadores de ratas (unos por ingenuidad y otros por conveniencia). En el otro, cualquier persona —incluso la más obtusa— sabía que matar una rata en un basurero eterno era más inútil que intentar recoger el agua del mar con un vasito plástico, los granos de arena del Sahara o la basura alrededor de la casa de Juana.

Sofía



Sofía estaba feliz. Ya podía leer. Sin saber muy bien cómo, había pasado de reconocer apenas un par de vocales a leer sin la ayuda de nadie. El proceso había sido misterioso; el momento en que pudo leer por primera vez fue mágico. Sofía tenía una lista de esos momentos mágicos: cuando pudo caminar, cuando pudo usar palabras para decir lo que quería, y este, cuando pudo leer. El momento de su nacimiento también había sido muy impor-

tante, ¡claro!, pero no estaba en la lista, porque era distinto y ella no lo recordaba.

Sofía, como otros niños cuando aprenden a leer, quería leerlo todo: avisos, carteles, portadas, instrucciones, ingredientes, recetas, titulares y, por supuesto, también quería leer cuentos. Su papá y su mamá siempre se los habían leído, incluso desde que ella estaba “en la barriga de su mamá”; sus abuelos, sus tíos y esa profesora que ella tanto quería también le habían leído muchos cuentos. Le gustaban sobre todo los del señor que pintaba gorilas y los del señor que se llamaba Wolf y tenía un apellido raro que empezaba por E.

No le gustaban los cuentos que explicaban todo, porque no la dejaban imaginar nada; los que daban lecciones sobre qué era lo bueno y qué era lo malo le parecían los más bobos. Los cuentos favoritos de Sofía eran el del parque, del señor de los gorilas, y el del rey, del señor del apellido raro. También le gustaba mucho otro cuento del señor del apellido raro que su profesora le había leído cuando su mascota se había muerto, era uno de un pato.

Con los años, a Sofía empezaron a gustarle unos cuentos más largos que no tenían dibujos, solo uno en la portada. A ella le gustaban las historias que la hacían pensar, las que la dejaban imaginar

y conectar cosas, las que la ayudaban a entender mejor el mundo y a sí misma. Cada libro era una oportunidad para encontrarse con alguien, no solo con los personajes o el autor, sino con personas a las que ella les contaba lo que había leído y lo que se le había ocurrido al leer. A Sofía le fascinaba hablar con otras personas que también leían, y a veces, por casualidad, esas personas y ella leían los mismos libros.

Casi siempre cuando Sofía hablaba con una amiga de una historia que las dos habían leído pasaba algo muy interesante: aunque el texto fuera el mismo, los detalles que les habían llamado la atención eran otros y las ideas que habían tenido eran diferentes. La lectura que cada una había hecho era distinta, y no era porque alguna no hubiera entendido, salvo en casos excepcionales, sino por algo que Sofía había entendido muy bien: las ideas que surgen al leer dependen del libro y de la persona; esas ideas no están en el libro ni en la persona, no están en ninguna parte porque no existen todavía; nacen del acto de leer.

Cuando Sofía leyó la historia de la pareja de ancianos que se encontró con un extraño barquero, tuvo una idea sobre el amor y el olvido que no estaba en el libro ni en ella; esa idea, con todos sus matices, nació cuando ella, Sofía, leyó esa historia,

la de la pareja de ancianos. Su amiga, que también leyó esa historia, se fijó más en aspectos de la obra que la hicieron pensar en la búsqueda y en el tiempo que se agota. Las dos comprendieron muy bien la historia, las dos la disfrutaron y, sin embargo, cada una hizo su propia lectura y la incorporó a su manera. Y cada una amplió su comprensión al oír las ideas de la otra.

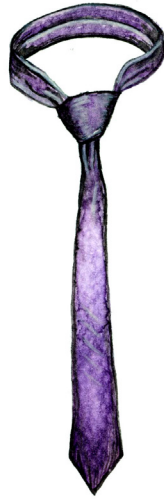
Sofía notó que las ideas de algunos de sus amigos solían ser profundas y refinadas; las de otros, meros lugares comunes. Se preguntó si la calidad de las ideas de sus amigos tenía que ver con las historias con las que ellos se habían nutrido antes. Sintió un poco de vergüenza por hacerlo, pero no pudo evitar pensar en cómo se verían sus amigos en términos de su “nutrición literaria”. A algunos se los imaginó muy delgados, famélicos, como si no hubieran leído en años... tal vez nunca; a otros los vio gorditos y rechonchos, como lectores compulsivos de historias “chatarra” o “de paquete”, y a los que tuvieron la suerte de degustar historias realmente nutritivas desde siempre, en sus casas y en el colegio, los vio sanos y rozagantes.

Sofía se acordó de los cuentos que a ella le parecían tan bobos cuando era niña y pensó que ellos, al igual que la comida chatarra, abundan, son baratos y generan cierto tipo de adicción; llenan, pero no

alimentan. Se propuso compartir historias nutritivas, de las que hacen pensar, con más y más personas a lo largo de su vida. También recordó los momentos mágicos de su lista y se propuso agregar otro: cuando pudiera hablar, de verdad, con personas con ideas distintas a las suyas.

Sofía iba por buen camino; con más historias y más charlas sobre esas historias, era posible que con el tiempo lograra vivir plenamente lo que ya creía entender: enfrentarse con ideas distintas no tiene que ser una lucha por tener la razón ni tampoco un desfile para lucirse en búsqueda de halagos innecesarios; el encuentro con ideas diferentes debe ser, ante todo, una oportunidad para enriquecerse con las ideas del otro y aprender. Lograrlo sería maravilloso.

Impostor



A pesar de estar cansado, Johannes no podía dormir. Había dado vueltas en la cama durante horas, había probado diferentes posiciones para ver si alguna lo ayudaba a conciliar el sueño, había mirado al techo fijamente, había tratado de imaginar cosas agradables y había tratado de no pensar; nada había funcionado. La cama ya estaba demasiado caliente y él se sentía intranquilo. La voz de Paula,

su secretaria, resonaba en su mente diciendo: “Síndrome del impostor”.

¿Sería posible que él —¡él!— estuviera dudando de sí mismo?

Esa tarde, cuando Paula supo que la habían aceptado en la universidad, había reaccionado de una manera muy particular. Primero, había movido los pies rápidamente, como si corriera, pero sin pararse de la silla en la que estaba sentada, y había apretado los puños y los dientes mientras sonreía con los ojos cerrados; después, se había levantado, había saltado y había gritado un fuerte: “¡Sí!”. Unos minutos después, cuando Johannes y sus demás compañeros de oficina la habían felicitado, volvió a su puesto para comprobar que realmente sí la hubieran aceptado y no se tratara solo de un error de lectura.

Johannes no lo notó, pero Paula sonrió levemente cuando volvió a leer el mensaje en el que le decían que había sido aceptada. Por alguna razón, aunque ella sabía muy bien lo que había leído, tenía que confirmarlo. Sin importar que evidentemente fuera un mensaje genérico para todos los admitidos, a ella le pareció bonito. Mientras Paula disfrutaba esa pequeña victoria que para ella significaba mucho, Johannes pensaba en cómo serían

las cosas en la oficina cuando ella ya no hiciera parte de su equipo.

Por lo general, Johannes no pensaba en el futuro, por eso le sorprendió verse a sí mismo pensando en cómo haría las cosas sin Paula cuando ella se fuera a estudiar. Antes de irse de la oficina, volvió a felicitarla y ella le dijo que todavía no lo podía creer. Paula le comentó que en el fondo sentía que no se lo merecía y que tenía un poco de miedo; mencionó el síndrome del impostor y Johannes, que obviamente no sabía qué era eso, no quiso que ella se diera cuenta —una vez más— de su ignorancia, así que simplemente sonrió, miró su brillante reloj y se despidió rápidamente, como si estuviera afanado.

Más tarde, Johannes se sorprendió a sí mismo de nuevo haciendo algo que tampoco hacía usualmente: investigar lo que no sabía. ¿Qué era eso del síndrome del impostor? La respuesta de Siri mientras esperaba el ascensor fue suficiente para él, claro. Memorizó el término, en inglés, y supo que con eso bastaba para “soltarlo desprevenidamente” en el próximo encuentro con sus amigos.

La tercera cosa inusual que hizo Johannes, y que era la que no lo dejaba dormir, fue mirarse a sí mismo críticamente. De pronto, vio todo de una manera diferente, una que no le gustó. Fue como si

todos los reconocimientos y aplausos que él tanto disfrutaba hubieran perdido su valor en un instante. ¿Sería posible que todos esos amigos de infancia, entre los que él creía sobresalir por su habilidad con la pelota, lo hubieran buscado solo porque él era el dueño del balón? ¿Podría ser que esa habilidad de la que él tanto presumía solo sirviera para hacer piruetas innecesarias y completamente inútiles en el juego real?

¿Sería posible que él no fuera el pequeño genio incomprendido que su mamá le había hecho creer que era? ¿Sería verdad que detrás de sus diplomas había más capacidad de pago de la familia que estudio y aprendizaje? ¿Por qué su alma mater era objeto de tantas burlas por parte de esos arrogantes académicos? ¿Sería verdad que su primer trabajo, al igual que los demás, se debiera a sus contactos y no a sus capacidades? ¿Sería posible que esas medallas solo fueran parte del superfluo juego del mutuo elogio entre mediocres que se hacen favores? ¿Sería verdad que cuando hablaba con solemnidad la mayoría solo oía a un mentecato intentando ocultar la evidente carencia de sustancia en sus palabras?

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué ahora todos sus éxitos le parecían tan vanos, tan falsos, tan comprados, tan inmerecidos? En la cama, Johannes repetía una y otra vez: “¡Síndrome del impostor, síndrome

del impostor!”, como queriendo convencerse a sí mismo de que eso era lo que no lo dejaba dormir. Quería pensar que él, al igual que Paula, dudaba sin razón del mérito detrás de sus logros. Sin embargo, no lo lograba. Él sabía muy bien que sus casos eran distintos: Paula dudaba de sí misma por culpa de una cantidad de tonterías que todavía persisten en una sociedad arcaica; él, por otro lado, dudaba de sí mismo porque por primera vez en la vida era consciente de que sus logros no eran suyos y su éxito no era atribuible a su talento.

Johannes había entendido que esa mujer sencilla, humilde y trabajadora que pronto se iría de la oficina para estudiar en la universidad y seguir haciendo de ella cada vez una mejor persona, se merecía todo aunque dudara de sí misma; y él, en cambio, era un fraude, un fanfarrón que jugaba al poder con sus amigos, un verdadero impostor.

Pobreza



Como casi todos los días, Deisy había caminado cuarenta y cinco minutos desde su casa hasta Terreros. Sin importar la hora a la que llegara a la estación, conseguir una silla vacía era prácticamente imposible. Debido a esto, ella había aprendido a mantener el equilibrio flexionando levemente sus piernas según el movimiento del bus lo requiriera. Así, no tenía que usar sus manos para agarrarse del tubo —que siempre estaba tan grasoso como si le

hubieran echado una capa de aceite—. Deisy procuraba ubicarse en la unión de los vagones porque ahí podía apoyar la espalda contra la pared que parece un fuelle.

Gracias a su habilidad para mantenerse en pie sin agarrarse del tubo, Deisy podía sostener un libro en sus manos mientras viajaba. Leer en semejante ambiente lleno de ruido, olores, empujones y peligros era otra de las tantas habilidades que ella había desarrollado a punta de práctica y esfuerzo. Al pasar por León XIII, Deisy empezó a leer con atención el texto que había escrito esa profesora que ella tanto admiraba; cuando iba en La Despensa, conectó lo que leía con lo que le había oído decir una y otra vez a su profesor, ese ser tan bondadoso, inteligente y frágil con el que ella estaba infinitamente agradecida por dejarla entrar a sus clases sin estar matriculada en la universidad: “En promedio en la población”.

Más adelante, mientras pasaba por Santa Isabel y el momento del transbordo se acercaba, Deisy se distrajo por primera vez de su lectura, porque sintió que alguien la había tocado como nadie debería tocarla; ella sintió la misma repulsión que sentía cada vez que esto sucedía y como siempre, en medio de ese denso amasijo de gente, se quedó sin saber quién había sido el asqueroso que la había tocado. Guardó su libro y empezó a caminar hacia la puerta

para alcanzar a bajarse en la siguiente estación. Mientras caminaba, con el bus en movimiento, y después en la estación de Ricaurte, Deisy pensó en su mamá, su papá y sus hermanos.

Todos ellos vivían felices en una casa campesina en el Tolima. Tenían “una tierrita”, unos pollos y una vaca. Su mamá y su papá se amaban y los amaban a ellos; no tenían mucho y, sin embargo, lo tenían todo. Su papá les hacía juguetes con cualquier cosa que encontraba en el campo y su mamá les preparaba deliciosos potajes, sencillos pero abundantes, con lo que conseguía en la finca y en la plaza. Un día, su papá decidió construir un pequeño kiosco con sus propias manos para aprovechar la madera de un árbol que se había caído. Trabajó con esmero varias semanas para terminar su pequeño y hermoso *gazzebo*.

Deisy logró “embutirse a la fuerza” en el otro bus y, antes de volver a sacar el texto que estaba leyendo, siguió recordando la llegada de su familia a Bogotá. A los pocos días de que su papá terminara su obra, unos señores que caminaban en fila —una fila verde y muy larga— y cargando armas llegaron a la finca y le dijeron a su mamá que matara la vaca y les preparara carne a todos ellos porque tenían hambre; a su papá le dijeron que les había gustado el kiosco y que se iban a quedar ahí esa noche. Al otro día, el

que parecía ser el jefe de esos señores les dijo que se fueran, que esa tierra ya no era de ellos y que si no se iban los mataba. Cuando su papá “reviró”, ellos “lo sometieron”, y cuando su hermano mayor, que todavía era un niño, corrió para defender a su papá, uno de esos tipos lo recibió con una patada en la cara y su hermano cayó al piso, inconsciente.

Deisy ya tenía otra vez el texto en las manos, la espalda apoyada contra la pared que parece un fuelle y las piernas listas para flexionarse con el vaivén del bus, pero no podía concentrarse. Con los ojos encharcados, la frente fruncida y la quijada temblorosa, recordó el llanto de toda su familia. Ellos lloraron toda la noche, empacaron sus pocas pertenencias en unas bolsas y emprendieron su camino hacia ningún lado sin despedirse de su tierra, sus gallinas ni su kiosco. Su papá no dejó de llorar nunca, no volvió a hablar y se murió al mes de haber llegado a Bogotá. Su mamá aguantó con una entereza sorprendente los embates de la vida y empezó a referirse a sus cuatro hijitos como “los pollos”.

Ya en la Jiménez, Deisy pensó con orgullo en su mamá, la mujer que había utilizado dos bolsas plásticas como maletas y después como botas, cuando no tenía zapatos, para salir a recorrer las frías y encharcadas calles bogotanas en búsqueda del sustento para sus amados “pollos”. Su mamá, armada solo

con una voluntad inquebrantable y un amor infinito hacia sus hijos, se las había arreglado para “sacarlos adelante” y que crecieran “sin odio en sus corazones”, libres de esa absurda sed de venganza que tanto daño hace.

La fuerza y la sonrisa imborrable de su mamá llenaban a Deisy de valor y determinación para alcanzar sus sueños a pesar de los obstáculos: ella iba a ser, algún día, como esa profesora que enseñaba, investigaba y escribía; no le importaba tener que caminar todos los días sin haber desayunado y estudiar haciendo equilibrio mientras atravesaba la ciudad en ese hediondo pandemonio rojo.

Al pasar por la estación del Museo del Oro, Deisy empezó a caminar para bajarse en la de Las Aguas. En el apretado camino, entre codazos y pisotones, alcanzó a ver en la pantalla del celular de otra pasajera el comentario de algún fulano que decía: “En Colombia el pobre es pobre porque quiere”. La otra pasajera vio el título del texto que Deisy estaba leyendo: “La lotería de la cuna”. Ambas se miraron y sonrieron porque, en ese instante, las dos habían entendido que la afirmación de ese miserable fanfarrón solo desnudaba su incapacidad de comprender asuntos básicos de economía, estadística y argumentación, y, sobre todo, su profundo desconocimiento de la realidad del país.

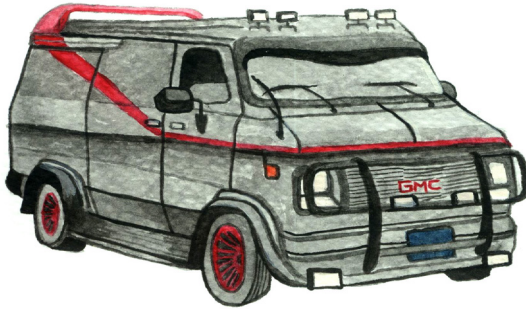


En el espejo

Magníficos . Inteligencia . Lenguaje . Especial .

Sabores

Magníficos



Cuando era niño me gustaba ver *Los magníficos*. Era un programa de televisión en el que cuatro prófugos de la justicia (exmilitares que habían sido condenados por un crimen que no cometieron) ayudaban a personas desprotegidas que estaban siendo matoneadas por alguien poderoso y corrupto en algún pueblo de Estados Unidos. Aníbal, el líder, era inteligente y se disfrazaba muy bien; Faz enamoraba a las mujeres para que los ayudaran a

conseguir lo que necesitaban; Murdock era un loco capaz de pilotear cualquier aeronave; y Mario era un tipo fuerte y malgeniado que sabía mucho de mecánica. Eran el mejor equipo del mundo. Una periodista, interpretada por Melinda Culea, los ayudaba porque sabía que ellos eran buenos. A mí me daba risa cada vez que oía ese nombre.

El programa era divertido. La música del inicio me parecía buenísima, me fascinaba que Aníbal le hablara con irreverencia al malo del capítulo y que al final, cuando ya habían cumplido su misión, dijera: “Me encanta cuando un plan se realiza”. Me gustaba ver todo lo que ellos construían para enfrentar a los malos, los admiraba por estar del lado de los buenos y sentía cierto alivio al ver que los malos recibían su merecido, porque creía que así iban a aprender a respetar a los más débiles. En todos los capítulos había explosiones y unas balaceras impresionantes, pero nunca había muertos; a ellos nunca les pasaba nada grave y siempre ganaban. A mí me gustaba ser Aníbal cuando jugaba a *Los magníficos* con mis amigos.

Con el paso de los años, muchas cosas que disfrutaba cuando era niño dejaron de gustarme y hasta empezaron a parecerme ridículas. Ya no quería jugar a *Los magníficos*, ahora quería salir con mis amigos (sin papás), sentirme grande y atreverme a darle un

beso en la boca a la niña que me gustaba. Pronto mi infancia y mi adolescencia quedaron atrás. Sin embargo, alcanzar la mayoría de edad no fue sinónimo de adultez intelectual; a lo primero llegué simplemente dejando que pasara el tiempo; a lo segundo, en cambio, es posible que no llegue ni cuando sea viejo. La adultez intelectual es algo esquivo que requiere esfuerzo y valor; despedirse de los héroes de la infancia es difícil, entre otras razones, porque enfrentar la vida sin ellos asusta.

El pensamiento infantil adquiere formas variadas entre los mayores de edad y sabe camuflarse muy bien. La lectura de buenos libros, las charlas con seres pensantes, la reflexión y la razón no la tienen fácil frente a esa voz que nos habla desde las películas, la tradición y tantas otras fuentes para que sigamos pensando como niños, nos sintamos orgullosos de hacerlo y hasta nos ofendamos si nos lo cuestionan. Es muy difícil superar del todo la idea pueril de un mundo de buenos y malos, con héroes que protegen a los buenos y les dan su merecido a los malos; un mundo en el que la gente del común depende de esos héroes que administran justicia y venganza. ¿Es posible que el afán de muchos adultos de apoyar, emular y reverenciar a esos personajes que son declarados como el mejor del mundo en algo (en cualquier cosa) tenga sus raíces

en la añoranza de esos héroes que los protegían en la infancia?

¿Qué significa ser el mejor del mundo? ¿Quién lo determina? ¿Cómo puede estar seguro? ¿Cada cuánto se actualiza ese escalafón? ¿Alguien se cree de verdad el mejor del mundo? ¿Quién se beneficia al poner a cargar semejante peso a esa pobre persona? Por otro lado, ¿qué significa ser de los buenos? ¿Qué condiciones hay que cumplir para serlo? ¿Tienen que cumplirse siempre, desde siempre y para siempre? ¿Es posible tener un pie adentro y otro afuera del conjunto de los buenos? ¿Se puede volver a entrar a ese conjunto después de haber salido? ¿Siguen siendo buenos los que le hacen algo malo a un malo? ¿Cómo van a saber los héroes que somos de los buenos? ¿Tenemos que contarlos tantas veces como podamos y de todas las maneras posibles?

Mi familia, mis amigos y, obviamente, yo somos buenos. Los de mi colegio, mi universidad, mi equipo, mi partido, mi religión somos buenos. Los que comemos esto, hacemos esto, nos dedicamos a esto, leemos esto y nos transportamos así somos buenos. Los que creemos esto, usamos esto y nos vestimos así somos buenos. Los que hemos sufrido esto no solo somos buenos, sino que tenemos derecho a vengarnos de los malos. Mi mamá es la

mejor del mundo, mi esposa es la mejor del mundo, ustedes son los mejores amigos del mundo y mis hijos, claro, son los más inteligentes del mundo. Este es el mejor vino del mundo; este, el mejor restaurante del mundo; esta, la mejor música del mundo, y este señor que trajimos desde muy lejos es el mejor profesor del mundo. Este es el país más feliz del mundo, acá se habla el mejor español del mundo, se produce el mejor café del mundo y nacen las mujeres más hermosas del mundo.

A primera vista, estas afirmaciones pueden parecer inocuas (y hasta tiernas en algunos casos), pero detrás de ellas se esconde el pensamiento infantil que valora las “mentiritas piadosas” que suenan bien, aunque (casi) todos sepamos que no son ciertas. Esas declaraciones aduladoras y vacías son en realidad señales de alerta que nos recuerdan lo difícil que es superar la visión infantil de un mundo de buenos y malos, héroes y villanos, premios y castigos. ¿Cuántas veces las he oído o las he dicho yo mismo? ¿Cuántas veces he querido creerlas?

Dejar atrás el pensamiento infantil puede atemorizarnos, porque nos obliga a enfrentar la vida por nosotros mismos, como adultos, sin la ayuda de héroes imaginarios. ¿Cómo vencer este temor? ¿Qué necesitamos para empezar a disfrutar más la (incierto) búsqueda de la verdad en un mundo

Magníficos

real que la alucinación de vivir por siempre en un mundo de fantasía? ¿Cómo dejar de ver como héroes a quienes nos hablan como si fuéramos niños y toman decisiones como si la vida real fuera un capítulo de Los magníficos? ¿Cómo aprender a amar, respetar y convivir de verdad con personas reales, imperfectas y complejas, como somos todos? ¿Cómo acercarnos, al menos asintóticamente, a nuestra adultez intelectual?

Inteligencia



Hace unas semanas comenté con dos amigos el caso de una universidad colombiana que ofrece un posdoctorado por el que cobra un poco más de veintiséis millones de pesos; los que culminan satisfactoriamente el año de trabajo que dura el posdoctorado reciben un certificado de estudios en alta investigación posdoctoral. Después de reírnos un rato de semejante exabrupto: que una institución se atreviera a cobrar por un posdoctorado, uno de mis

amigos comentó con algo de indignación: “¡Ay! Si usaran esa inteligencia para hacer el bien...”. Yo le dije que esa expresión, tan común, parte de un supuesto falso y refuerza una creencia que hace daño.

¿Cómo es posible que una institución cobre por un posdoctorado? ¿A quién puede habersele ocurrido crear semejante certificado? ¿Habrá alguien inscrito? ¿Tendrán una ceremonia de grado? Me imagino al maestro de ceremonias diciendo con voz impostada: “Y ahora, recibirán su certificado los posdoctores de esta promoción”. Me pregunto qué hará una persona con ese certificado después de haberlo recibido, ¿lo incluirá en su hoja de vida?, ¿contará que le ‘costó’ mucho obtenerlo?, ¿escribirá posdoctor después de su apellido cuando firma un documento?

Pienso que es falso que quienes actúan incorrectamente tengan una gran inteligencia (que podrían “usar para hacer el bien”) y creo que asumir que sí la tienen hace daño, porque algún incauto podría creer que los bandidos, por su supuesta inteligencia, son dignos de ser emulados. No me interesa hacer una distinción entre lo que considero que está bien y lo que está mal, solo quiero poner en duda el supuesto de que todos los criminales tienen una inteligencia superior. Por un lado, hablar de ellos como si fueran un grupo homogéneo en cuanto a su nivel

intelectual es un error. Además, muchas de las acciones deshonestas más comunes no requieren de una inteligencia que supere en lo más mínimo la de una persona cualquiera.

Sin duda, algunos criminales –unos pocos– son muy inteligentes e ingeniosos, y son capaces de elaborar planes complejos para llevar a cabo sus fechorías. Sin embargo, muchos otros –la mayoría– solo disponen de fuerza bruta (en cualquiera de sus formas), algo de confianza en sí mismos, un precario desarrollo moral y un nivel de empatía lo suficientemente bajo como para abusar de los demás sin mucho remordimiento. Planear y ejecutar el crimen perfecto dista mucho de lo que hace cualquier matón: violar las normas en procura de su propio beneficio sin pensar en el otro. Para eso no se necesitan muchas neuronas.

Hacer trampa en un examen es mucho más fácil que estudiar y aprender de verdad; callar violentamente al que incomoda es más fácil que enfrentarlo con argumentos; comprar votos es más fácil que obtenerlos limpiamente en campaña y alterar los números en un tarjetón es más fácil que desarrollar concienzudamente un buen plan de gobierno. La capacidad intelectual necesaria para ganar una partida de ajedrez haciendo trampa es infinitamente inferior a la que se requiere para hacerlo siguiendo

las reglas; son cantidades tan distintas que no tienen el mismo orden de magnitud.

Destruir y construir también requieren cantidades muy distintas de inteligencia. Cualquier mentecato puede quemar libros; leerlos es mucho más demandante. Cualquier mediocre puede herir de muerte la esperanza de los jóvenes que sueñan con un mejor futuro; sanar heridas y crear mejores condiciones para la juventud requiere valor y cacumen. Cualquier bruto puede gritar sandeces en una sala de conciertos y así echar a perder la interpretación de la obra que ha sido preparada con esmero; son brillantes los músicos, no el patán que vocifera.

El niño que matonea a otro más débil para quitarle las onces no es más inteligente que los demás niños del salón; tampoco lo es el joven que consigue una cédula falsa para entrar a fiestas y bares unos meses antes que sus amigos; ni el conductor que hace doble fila en los giros o transita en contravía para llegar unos segundos antes que los demás al trancón de la siguiente esquina; ni el funcionario que falsifica un título y miente sobre su experiencia para ganarle el puesto a otras personas mejor preparadas. Ninguno de estos personajes es más inteligente que sus compañeros, solo es más corrupto y menos empático que los demás.

¿Qué tanta inteligencia se necesita para pegarle a alguien más débil? ¿Para aprovecharse de alguien con menos poder? ¿Para robar al que no tiene cómo defenderse? ¿Para estafar al que confía en los demás? ¿Para callar a quien no tiene cómo hacerse oír? ¿Qué tan inteligente hay que ser para imponerse por la fuerza? ¿Para intimidar? ¿Para atropellar? ¿Para insultar? ¿O para engañar? ¿Qué tanta inteligencia se necesita realmente para venderle un certificado, que raya en lo absurdo, a alguien que después de años de estudio y sacrificio no ha podido superar las barreras del mercado laboral en el mundo de la academia?

No es raro que la expresión de mi amigo sea tan común cuando la cultura popular está repleta de películas y series de mafiosos, ladrones y estafadores en las que se tiende a glorificar a personajes que ostentan objetos y poder. Se sobredimensiona la inteligencia de quienes los consiguen. Sin embargo, quienes han cultivado de verdad su mente, por lo general, tienen otro tipo de aspiraciones. Me cuesta imaginar a verdaderos genios como Perelman o Mirzakhani, Barenboim o Rattle dedicando sus vidas a hacer dinero para gastarlo en camionetas, balas y tetas postizas.

Lenguaje



Cuando era niño me encantaba ir de vacaciones a Armenia. Allá, jugaba todo el día con mis primos, que eran como mis hermanos, y hablaba con ellos por la noche hasta que nos vencía el sueño. Mi tío, un tipo increíble, nos daba gusto en todo y celebraba con alegría, y cierta complicidad, nuestras locuras infantiles: cantaba con nosotros, se disfrazaba con nosotros, jugaba en la piscina con nosotros, y se reía con nosotros del señor que les decía

“yipis” a los *Jeeps*. En Armenia, mi mamá y mi hermana se veían más alegres y tranquilas que en Bogotá; mi otro tío también parecía más feliz y, sobre todo, más bailarín que de costumbre; las amigas de mi mamá eran como mis tías y los primos de mis primos como mis propios primos. Yo los quería a todos y todos me hacían sentir querido.

En Armenia, además de disfrutar el clima, los paisajes, la comida y el tiempo en familia, también hice un grupo increíble de amigos y un buen día me enamoré de una cuyabra preciosa. A los dos nos daba risa oír lo que decía el otro y cómo lo decía: los pinchos de carne eran chuzos, el “Pegastic” era “Ega” y aprobar el año en el colegio para mí era pasarlo y para ella, ganarlo. A veces, con tono burlón y voz fingida, ella me decía: “¡Qué mamera, chino!” (cosa que yo nunca dije, pero ella creía que era algo muy bogotano) y después se reía, me miraba fijamente con esos bellísimos ojos que siempre estaban tan alegres, y me daba un beso.

Las palabras que usamos dicen mucho de nosotros: pueden revelar nuestra procedencia, nuestros intereses, nuestras aspiraciones y nuestros miedos. Cuando un colombiano habla de changua, parva, cholao, pepitoria o cayeye da pistas de su región de origen. Lo mismo ocurre cuando un latinoamericano dice naguará, chido, chévere o groso. Algunas

personas usan con frecuencia palabras como heteropatriarcal, decolonizar, deconstruir y resignificar, y otras hablan de estimadores insesgados, variables explicativas y efectos marginales; en ambos casos hay buenos indicios para descubrir qué las apasiona.

Algunos suelen usar palabras en inglés cuando hablan en español; a veces dicen que lo hacen por razones de trabajo, pero a mí me parece que es malinchismo. A veces, esas personas terminan diciendo cosas chistosas. Recuerdo a una gerente de recursos humanos de una empresa farmacéutica a la que le pareció muy gracioso que una practicante del SENA dijera “video bit” para referirse a lo que ella llamaba “video bean”, cuando lo que realmente daba risa era esa “n” que delataba la confusión de la gerente. También me acuerdo de la señora que dirigía una fundación y hablaba con confianza del “*Kit tool*” que, según ella, debía quedar alojado en un “linositio” en la página del Ministerio de Educación. A mí me intrigaba el orden de las palabras “*kit*” y “*tool*” y me daba curiosidad saber en qué pensaría ella cuando decía “linositio”.

Las distinciones que hacemos a partir de cómo se expresan los demás también hablan de nosotros y de nuestros propios demonios. Yo, siendo un adolescente, con grandes ínfulas a pesar de no haber hecho nada realmente valioso, me burlaba de

quienes pronunciaban incorrectamente la equis y de los que usaban palabras como aplicar, cabello, bolso o labial. Mientras tanto, en secreto, cruzaba los dedos para que mi papá nunca se refiriera a mi abuelo como su “taita” delante de mis amigos, como lo hacía cuando hablaba con sus hermanos, y convenientemente olvidaba que yo mismo había tenido dificultades para pronunciar correctamente la erre en mi infancia.

¡Qué lástima no haber entendido antes el orgullo tan bonito con el que mi papá hablaba de su padre! ¡Qué insolencia haber juzgado la palabra que él, ávido lector y orgulloso conocedor de sus raíces, decía con tanto sentimiento! Mientras mi papá usaba con naturalidad y gracia palabras como albur, solaz, badajo, bucólico y rictus, yo apenas decía imbecilidades como: “¡Qué seba!” y “¡Qué nota!”.

Hoy me avergüenza haberme burlado de quienes usaban palabras que a mí, que había leído y vivido tan poco y recorrido aún menos, me parecían ordinarias, sobre todo sin detenerme a pensar que detrás de ellas había una persona, un ser humano con una historia. A veces, todavía siento la tentación de corregir, a partir de lo poco que sé, a quienes ni siquiera han pedido mi opinión, ¡qué arrogancia! Ahora trato de evitar la pedante costumbre de indignarse públicamente por las faltas ajenas; creo

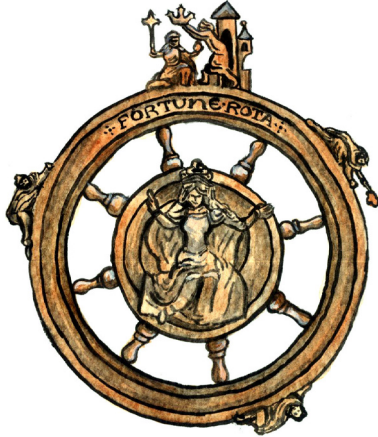
que esa absurda práctica solo les sirve a los que an-sían ser vistos como miembros del selecto club de “los que saben” o a los que buscan aplausos que sirvan de parches para egos maltrechos.

Dominar una lengua, o muchas lenguas, me parece fascinante y muy difícil. Pienso en eso como una tarea de toda la vida, como una labor interminable que se asemeja al ascenso a una montaña infinita, con una infinidad de caminos. Por eso admiro tanto a quienes, como mi amiga Carolina y mis profesores Sebastián e Isabel, se empeñan en hacerlo cada día mejor y recorren esa montaña con tenacidad, esmero y, sobre todo, con la humildad de quienes llegan alto de verdad. No me los imagino escupiendo veneno a los que vamos más abajo cada vez que nos tropezamos. Me consta que los tres, con estilos muy distintos, comparten generosamente lo que saben. Con ellos he empezado a entender que la cosa es mucho más compleja e interesante que saber un poquito de tildes, comas, párrafos y, en el mejor de los casos, también del gerundio.

Cuando me dedicaba a la apicultura, visité varias veces a Hildebrando, un campesino amigo mío que no solo me enseñó de abejas, sino también de la vida, y me dio lecciones muy profundas a pesar de que su lenguaje no era nada sofisticado. Nunca me burlaría de sus faltas ortográficas, gramaticales o de

dicción, eso es simplemente impensable. Sin embargo, en medio de mis tantas incoherencias, todavía me río sin el menor remordimiento de quienes dicen “la *data*”; del aspirante a chef que algún día me dijo que algo era el “*quick*” del asunto; de la psicóloga que comentó que una niña empezaba el año con mucho “émpito” pero después se desanimaba; de quienes le anteponen innecesariamente “del tema de” a todo lo que dicen; de los periodistas (sobre todo deportivos) y funcionarios públicos que se inventan palabras y las justifican con razones tan absurdas como sus mismas palabrejas, y, por supuesto, siempre sonrío con cariño al recordar a mi tío riéndose del señor que decía “yipis”.

Especial



Cuando estaba en el colegio, al igual que hoy, era una persona común y corriente; nada especial ni para bien ni para mal. Me divertía con mis amigos y aprendía un poco de todo a pesar de que pasaba la mayor parte de las clases en cuenta regresiva, esperando el siguiente recreo. Tuve mis pequeñas victorias y derrotas: gané carreras y perdí carreras; a veces tuve buenas notas y a veces malas notas; algunas niñas que me gustaban me dijeron que sí

querían ser mis novias y otras me dijeron que no. Nunca fui tan inteligente como Pablo, ni tan buen escritor como Tania, ni tan fuerte como Daniel, ni tan culto como Johanna, ni tan gracioso como Guillermo. Y, sin embargo, a pesar de ser un tipo que no sobresalía realmente por nada, en esa época creía –sin ninguna razón– que era especial.

En mi colegio, en primaria, hacíamos una gran presentación al final del año. Puedo estar equivocado, pero creo recordar que los últimos meses se dedicaban casi por completo a ensayar los bailes. La presentación era un evento realmente importante. En tercero de primaria me sentí muy especial: yo fui el rey, y María, la reina. Nuestros ensayos consistían en caminar cogidos de la mano y saludar desde una ventana mientras los demás niños repetían una y otra vez los pasos de sus bailes. Ese año me sonrió la fortuna. María fue mi primera novia en el colegio; era una niña lindísima. En cuarto, en cambio fui “pueblo”, que era un grupo enorme de niños y niñas que no habían sido escogidos para ningún papel, en mi caso –seguramente– por la falta de talento para la danza. En esa época no conocía la obra de Orff, ni mucho menos la poesía medieval, pero bien hubiera podido entonar *O fortuna* mientras ensayaba cientos de veces el baile del pueblo y recordaba mi época de rey.

En séptimo, que en ese tiempo se llamaba segundo de bachillerato, presentábamos una obra en francés. No era tan importante como las de primaria, pero también tenía su encanto. Ahí la fortuna volvió a sonreírme. Ese año fui *Cléante*, el amante de *Angélique*, interpretada por Sonia, una niña tan linda como María. Los ensayos con Sonia fueron mucho más complicados que con María, porque ahora teníamos que cantar. Yo sufría con mis constantes “gallos” y ella solo se reía. Sin embargo, yo disfrutaba tanto el tiempo con Sonia que poco me importaba la vergüenza de mi desastroso canto. En un recreo, después de muchos ensayos, me animé a pedirle que fuera mi novia, pero ella me dijo que no. A mí me dio tanta pena que no fui capaz de volverle a hablar nunca más.

La rueda de la fortuna ha seguido girando, muchas veces, y con cosas mucho más trascendentales que las presentaciones del colegio en las que terminaba enamorado de mi compañera de actuación. La salud, los sueños, el estudio, el trabajo y, por supuesto, también el amor han sido fuente de grandes alegrías y profundas tristezas. Me han amado y yo he amado; me han abandonado y yo he defraudado a quienes me han querido; tal vez he inspirado a algunos y también he fallado al intentar proteger a quienes quiero; he hecho amigos y he perdido amigos; muchas veces he sabido qué decir en el momento preciso y a veces

he dicho tonterías cuando debería haber callado; por momentos me he sentido muy fuerte y en otras ocasiones me he reconocido como alguien supremamente vulnerable.

Una vida llena de experiencias y emociones, aciertos y errores, golpes de suerte y mala fortuna. ¡Esos viajes, esos arraigos, esos olvidos y esas añoranzas! ¡Esos encuentros y esas despedidas y esas casualidades que me han confundido haciéndome creer que existe el destino! Los juegos secretos con mi pareja; la serenidad de esa noche y la locura de esa otra. Esas ideas que tanto me impactaron cuando las conocí y que me hicieron sentir tan rebelde y tan en lo cierto cuando las defendí. La familia y la amistad; lo que considero sagrado y ese día tan doloroso cuando creí que ya no quedaba nada sagrado; la primera vez que la muerte estuvo cerca. Mi historia, aunque única en muchos sentidos, es también la historia de cualquiera, y la historia de cualquiera, al igual que la mía, también es única.

Un ser humano más, nada especial...

Todo lo que me ha hecho sentir orgulloso y todo lo que me ha hecho sentir avergonzado; todo lo que alguna vez me hizo sentir tan especial: mis logros y mi sufrimiento; mis altos y mis bajos en la

rueda de la fortuna que no se detiene. Todo lo que parece tan único cuando lo miro de cerca resulta siendo tan común y tan compartido cuando logro descentrarme, aunque sea por un instante, y tener una visión más amplia. Mi historia y la de todos.

Conocer los detalles y matices que nos hacen diferentes me parece fascinante, por eso me encanta que la gente me cuente sus historias. Siempre hay algo nuevo y siempre hay tanto en común; al final, siempre hay un ser humano. Diferentes caras de lo mismo; diferentes expresiones de lo mismo; diferentes intensidades y frecuencias de lo mismo. ¡Qué bonito que sea así! ¡Tan unidos en este girar infinito de la rueda! ¡Tan únicos y tan iguales!

Sabores



Me encantan las aceitunas. Me gusta su sabor, o mejor dicho sus sabores, y la sensación que me producen cuando las muerdo. Me gustan las aceitunas verdes y las negras; sobre todo me gustan las *Kalamata*, de las que supe por primera vez gracias a mi amiga Carolina. No sé cuándo empezaron a gustarme las aceitunas, pero recuerdo que cuando era niño me parecían horribles. Su sabor era extraño y desagradable. En cambio, me gustaba el sabor de

un chicle rosado que venía enrollado en una cajita plástica, como si fuera una cinta pegante, pero mucho más gruesa.

Algunas aceitunas vienen “con hueso” y otras “sin hueso”; a veces están rellenas de pimentón, queso, jamón o anchoas. Todas son deliciosas. Unas son más ácidas y otras más saladas; a veces están un poco secas y a veces son muy aceitosas. A mí me gusta probarlas todas. Los tamaños de las aceitunas también varían, y aunque prefiero las más grandes, también disfruto las pequeñas. Las que me regala Martejita son especiales por el cariño que representan. A mí me gusta aprender de las aceitunas con personas como Carolina, y compartirlas con personas a las que también les gustan, como Consuelo y Marco. Sé que algún día las compartiré también con Lorenzo y recordaremos a su abuelo.

El chicle rosado que parecía una cinta pegante era mucho más sencillo que las aceitunas en todos los sentidos: siempre sabía igual, siempre olía igual, siempre se sentía igual y siempre se veía igual. Era dulce y blandito. En mi colegio estaba prohibido comer chicle y si uno se arriesgaba a mascararlo a pesar de la prohibición, era bastante probable que oyera el grito del rector diciendo: “¡Rumiante! ¡Vaya a botar esa porquería!” (con su erre afrancesada).

También me gusta el pan. Sobre todo, el pan que es pesado, irregular y huele a algo que nunca he podido describir con precisión, tal vez porque siempre varía. Cuando vivía en un pueblito francés, probé todo tipo de panes artesanales: algunos eran oscuros y otros claros, unos eran redondos y otros alargados; cada uno tenía su sabor, su textura y su aroma particulares. Años después, en Colombia, conocí a Rodrigo, un tipo excepcional que hacía pan con granos que él mismo traía desde el Cocuy. En su sencilla y bellísima cabaña, que él había construido en medio de los árboles, en *Güita*, había una roca y un horno, y ahí Rodrigo molía, amasaba y horneaba el pan. Él le enseñó su arte a Mario, otro loco más loco que él, y ese pan de Mario, diferente al de Rodrigo, también era delicioso.

Una noche fría, Rodrigo, Mario, Manu y yo compartimos un exquisito pan, con miel y vino, al frente de la cabaña mientras esperábamos a nuestras respectivas compañeras, que nunca llegaron. Esa noche hubo nostalgia y alegría, hubo momentos de silencio y también hubo historias. Esa noche, cuatro amigos, cansados y sucios después de haber escalado todo el día, nos contamos historias de encuentros y despedidas, de amores y desamores, mientras mirábamos las estrellas con la espalda sobre la tierra y los ojos a veces ilusionados y a veces encharcados. Esa

noche hubo historias sencillas y complejas, de logros y fracasos, de fortaleza y de fragilidad; historias ricas en sabores, de esas que refuerzan el gusto por la vida, la vida de verdad.

Hoy me gustan muchísimo más las aceitunas que el chicle rosado que parece una cinta pegante; me gustan mucho más las historias llenas de matices que las historias dulzonas, blanditas y predecibles, que siempre son iguales. No creo, de ninguna manera, que lo amargo sea mejor que lo dulce, y, por supuesto, tampoco creo que una vida sea mejor que otra. Sin embargo, para mí, sí hay historias más interesantes que otras y sabores más *ambrosíacos* que otros. La miel, por ejemplo, es dulce, pero gracias a su riqueza de sabores, colores y aromas, y sobre todo a su bellísima e íntima relación con las abejas y las flores, es infinitamente más interesante que el azúcar o el aspartame. Nuestra experiencia de vida se enriquece con historias y sabores naturales, auténticos y variados.

Quienes han compartido conmigo sus historias reales y sobre todo muy humanas han enriquecido mi propia existencia. Con sus historias nunca ocurre lo que pasa con el chicle rosado que parece una cinta pegante: que empieza siendo una masa dulce y blandita, pero al poco tiempo ya no es más que un caucho duro e insulso que se tiene que escupir.

Al contrario, sus historias, esas que no esconden sus verdaderos sabores detrás de una gruesa capa de azúcar, son las que terminan siendo exquisitos manjares para la vida, aunque al principio su sabor pueda parecer extraño.

Siempre disfrutaré las historias del papá que recorre el mundo y viaja en el tiempo, gracias a la escritura, aunque sus piernas ya no le responden como antes; las de la mamá amorosa, bromista y protectora que siempre está ahí, aunque un día —ojalá lejano— ya no estará más; las de la hermana que se fue lejos por amor, y por amor también lloró y tuvo miedo antes de hacer de sí misma una mujer fuerte y admirable; las de la mujer maravillosa que lee, piensa, sueña, nada y recorre el mundo con espíritu aventurero; las del profesor polímata que se conmueve, casi hasta las lágrimas, con la idea de volver a tener cerca a su hijo; las de la profesora que lleva a los jóvenes a caminar en la nieve; las de la música que enfrenta con valentía los agudos dolores que afectan sus jornadas y me enseña de *luthiers* y *pizzicatos*; las del matemático que me dedica unas cuantas horas cada tanto y me deja pensando durante meses; las del flautista que sin conocerme se animó a contar historias conmigo; las de la filósofa que sin dudarlo un instante interrumpió todo para atender a su amada hija en un momento difícil; las de la rectora que sabe oír y enseña sin tener que abrir la boca; las

de la hermosa bailarina que a veces me acompaña; las del ser sensible que un día compartió conmigo sus escritos; las de familiares, amigos, profesores y exalumnos que se animan a contarme, con confianza y cariño, algo de sus vidas, sus sueños y sus angustias.

¡Qué maravilla es compartir la vida, y de vez en cuando también una buena comida, con personas con historias llenas de sabores!

Índice

Agradecimientos	6
Introducción	7
Desde la ventana	11
Caracol	12
Mariachis	15
Vecina	18
Aguacates	22
Abrazo	26
Hay alguien más	31
Emociones	32
Casa	36
Pantalón	40
Visita	43
Voz	46

Personas con nombre	53
Colegio	54
Basura	59
Sofía	64
Impostor	69
Pobreza	74
En el espejo	81
Magníficos	82
Inteligencia	88
Lenguaje	93
Especial	99
Sabores	104



<https://www.learnoslibros.org>

gazapoeditores
Bogotá, marzo de 2021